



CIUDADANÍA Y VALORES  
FUNDACIÓN

### **III SIMPOSIO INTERNACIONAL DE INMIGRACIÓN. LA CONTRATACIÓN EN ORIGEN: PROGRAMAS DE CONTRATACIÓN DE INMIGRANTES**

¡Se Solicitan Inmigrantes!:  
Los Estados Unidos y la inexistencia de un programa  
coherente  
para reclutar trabajadores extranjeros

***Alfonso Aguilar***  
*Director de la Oficina de Ciudadanía de los EE.UU.  
durante la Administración del Presidente George W. Bush.*

Madrid, 27 de marzo de 2009

**¡Se Solicitan Inmigrantes!:**  
**Los Estados Unidos y la Inexistencia de un Programa Coherente**  
**Para Reclutar Trabajadores Extranjeros**

Por Alfonso Aguilar  
*Director de la Oficina de Ciudadanía de los EE.UU.*  
*durante la Administración del Presidente George W. Bush.*

En los Estados Unidos, la contratación de mano de obra, por lo general, no se da en los países de origen. Esto es debido a que nuestros legisladores y políticos todavía no han podido construir un esquema legal para la inmigración que reconozca las realidades de nuestra economía y de nuestro mercado laboral. En este renglón tenemos mucho que aprender de España. El gobierno español ha desarrollado políticas de avanzada para facilitar la entrada de trabajadores extranjeros a su país para subsanar la falta de oferta laboral nativa. Veo con admiración los innovadores programas del Ministerio de Trabajo e Inmigración para fomentar y regular la migración circular y que incluyen esquemas que permiten la contratación de inmigrantes en sus países de origen.

En los Estados Unidos, lamentablemente, tenemos un sistema migratorio disfuncional que impide la entrada regular de los trabajadores extranjeros que nuestra económica necesita. Pero, como las fuerzas del mercado son más fuertes, muchas veces, que las de andamiajes legislativos irreales, miles de inmigrantes aún entran a los Estados Unidos cada año, aunque ilegalmente, para ocupar los trabajos que los propios americanos no quieren ocupar o para los cuales sencillamente no hay americanos de edad laboral para ocuparlos. Por lo que la contratación con el inmigrante se lleva a cabo cuando este ya está dentro del país, forzando, prácticamente, tanto al inmigrante como al empleador, a violar en el proceso un sinnúmero de leyes. La necesidad, en fin, se impone sobre la legalidad.

Y la necesidad es real. Por un lado, el americano promedio no quiere hacer trabajos no diestros, y, por otro, no hay suficientes americanos de edad laboral para satisfacer la demanda laboral en un sinnúmero de sectores, incluyendo el de alta tecnología. Aún durante este periodo de recesión profunda, hay industrias en los Estados Unidos, como la de la agricultura, que se han mantenido relativamente estables y continúan requiriendo la contratación de miles de trabajadores extranjeros anualmente. Se estima que el sector agrícola en los Estados

Unidos emplea 1.2 millones de trabajadores cada año y que sobre el 75 por ciento de estos son inmigrantes indocumentados. Por eso, a pesar que la crisis económica ha llevado a una reducción considerable en el número de inmigrantes que entra ilegalmente, todavía hoy medio millón continúan entrando cada año en búsqueda de empleo. Es de esperar que este número aumente una vez la economía se restablezca el año próximo o el siguiente como proyectan la mayoría de expertos. De igual manera, a pesar de que muchos esperaban un retorno masivo de inmigrantes indocumentados a sus países de origen debido a la difícil situación económica por la que atraviesa el país, los datos disponibles hasta el momento no parecen confirmar estas proyecciones. El primer descenso registrado en la población indocumentada se dio el año pasado, cuando comenzó la recesión, y fue solo de entre 200,000 a medio millón de personas, dependiendo de las estadísticas que se tomen en consideración. Según un estudio del Departamento de Seguridad Interna (Homeland Security) la población indocumentada en el 2007 era de 11.8 millones y se redujo a 11.6 en el 2008. Mientras que un estudio del Centro Hispano Pew estima que la población de indocumentados en el 2007 era de 12.4 millones y que se redujo a 11.9 millones en el 2008. Con lo cual, independientemente de las estadísticas que usemos me parece que la reducción hasta el momento no ha sido de gran magnitud.

Atender el fenómeno de la inmigración de una manera objetiva se dificulta por el ambiente político sumamente cargado de hoy día. Aquellos que desean restringir aún más la inmigración al país, y que realmente son una minoría política, pero muy vocal, argumentan que los inmigrantes –especialmente los indocumentados- están quitándole los trabajos a la clase trabajadora americana. Según éstos, los inmigrantes compiten con el trabajador americano por los pocos empleos que, de acuerdo a ellos, están disponibles. Más aún, argumentan que como los indocumentados están dispuestos a trabajar por salarios muy bajos, los salarios de los trabajadores americanos, en un sinnúmero de industrias, han ido en descenso. Como dijo el congresista republicano Steve King de Iowa al oponerse al plan de reforma migratoria que propuso el ex presidente Bush en el 2004: “[El proyecto] continuará a forzar a trabajadores americanos legales fuera de sus trabajos y a reducir aún más la clase media”. Y para el periodista y ex candidato presidencial conservador Pat Buchanan, el plan Bush “es traición económica en contra del trabajador americano”.

En primer lugar, debemos dejar claro que los inmigrantes no les están quitando los trabajos a los americanos. Los trabajadores extranjeros en los Estados Unidos no compiten con la mayoría de los trabajadores americanos por empleos. Los inmigrantes, en términos generales, ocupan empleos no diestros o empleos que requieren un alto nivel educativo. Es decir, se encuentran en los polos extremos del mercado laboral en el país. La inmensa

mayoría de los americanos ocupan precisamente los trabajos que existen entre estos dos extremos. Por ende, si los inmigrantes no están aumentando la oferta laboral para este tipo de empleos, es imposible que ellos estén produciendo una disminución en los salarios de estos trabajadores.

El problema, por tanto, no es que los inmigrantes se roban los pocos empleos que hay, sino que hay pocos americanos para ocupar cierto tipo de trabajos que son esenciales para nuestra economía –los trabajos no diestros y los que requieren grados avanzados. En cuanto a los trabajos no diestros, específicamente, la realidad es que al americano promedio no le interesan estos trabajos porque, por lo general, posee un nivel educativo y una serie de destrezas especializadas que le cualifica para trabajos diestros que pagan mejor. Pero también hay que reconocer, como señalara anteriormente, que en muchas ocasiones sencillamente no hay americanos de edad laboral para ocuparlos. La población americana está envejeciendo y cada vez hay menos americanos de edad laboral disponibles para hacer estos trabajos.

Con la reducción en el número de americanos de edad laboral están apareciendo oportunidades de trabajo para los inmigrantes en todas partes de los Estados Unidos. “El bien documentado cambio (en los patrones de asentamiento) de los nuevos inmigrantes,” dice el Centro Hispano Pew, “de las tradicionales regiones de asentamiento, como California y Nueva York, a los llamados estados de “nuevo crecimiento” es bastante aparente... al caer la proporción de los que están yendo a estos dos grandes estados de 37% en lo mediados de los años noventa a aproximadamente 30% alrededor del año 2000”. Según el Centro Pew, hay 21 estados de “nuevo crecimiento” en los que, durante el período del 1990 al 2000, la población de extranjeros creció más rápidamente que en los seis estados “grandes” que tienen el mayor número de inmigrantes; es decir, California, Nueva York, Texas, Florida, Illinois, Nueva Jersey. Entre esos estados de nuevo crecimiento están: Georgia, Carolina del Norte, Iowa, Colorado y Nevada.

El caso de Iowa es indicativo de este fenómeno. De acuerdo al *New York Times*, ya para el año 2000, Iowa estaba tercero en la nación en proporción de personas ancianas. El agricultor promedio tenía 58 años y en una planta local de ensamblaje de la Corporación Maytag, por ejemplo, la edad del trabajador promedio era de 57. Es por esa razón que en ese año una comisión creada por el entonces Gobernador Tom Vilsack para estudiar el futuro económico del estado emitió un informe recomendando que se desarrollaran políticas para atraer inmigrantes al estado como una forma de minimizar el impacto del déficit poblacional. El propio Gobernador, ante las recomendaciones de este grupo de trabajo, concluyó: “el punto es que necesitamos más gente”, y más adelante añadió: “un aspecto de esto tiene que ser un

programa o plan o algún tipo de método por el cual nos convirtamos en un estado que le dé la bienvenida a personas de diferentes culturas”; es decir, a los inmigrantes.

El crecimiento de la población inmigrante en estos estados de “nuevo crecimiento” se percibe claramente al comparar el crecimiento de la población latina a nivel nacional con su crecimiento en la región sur de los Estados Unidos donde tradicionalmente no ha habido comunidades latinas de un tamaño significativo. Según números del censo, del 1990 al 2000, la comunidad hispana creció a nivel nacional en un 58%. Durante este período, en seis estados del sur –Alabama, Arkansas, Carolina del Norte, Carolina del Sur, Georgia y Tennessee - los latinos crecieron por más de un 200%. Y, particularmente, en el estado de Carolina del Norte los latinos crecieron en un 394%, mientras que en Charlotte, la capital del estado, su número creció por más de 500%.

En suma, que si no tuviéramos acceso a mano de obra extranjera, nuestra economía colapsaría. Es así de simple. Para que nuestra economía siga expandiéndose, es esencial tener suficientes personas que puedan realizar trabajos no diestros en sectores claves como el de la agricultura, procesamiento de comestibles, servicios domésticos, restaurantes y hotelería, así como trabajos que requieren grados avanzados en industrias especializadas de alta tecnología.

Si consideramos este último sector –el de las industrias de alta tecnología- veremos que el reclutamiento de científicos –biólogos, ingenieros, geólogos- del extranjero es sumamente necesario para asegurarnos que las empresas americanas de alta tecnología mantengan su competitividad en términos de innovación científica. Es precisamente por esto que Bill Gates, el fundador de Microsoft, peregrina todos los años al Congreso para solicitarle que permita que más científicos extranjeros puedan ingresar al país. Estas firmas reclutan agresivamente a extranjeros porque no consiguen suficientes profesionales capacitados en el país, por lo que, al igual que en el caso de los trabajadores no diestros, no le quitan el empleo a nadie. Y no nos olvidemos que estas compañías emplean a miles de trabajadores americanos y, si no pueden mantenerse competitivas globalmente, quienes se van a perjudicar son precisamente esos trabajadores americanos. Según un informe de la Fundación Nacional para Política Americana (NFAP por sus siglas en inglés), por cada trabajador traído con una visa H1-B para profesionales con grados avanzados, las compañías de tecnología americanas aumentan su fuerza laboral por cinco empleados en promedio al año siguiente.

El argumento político que se debe hacer, pues, es que la riqueza de un país se determina por su capacidad para producir bienes y servicios. Y si no se tienen suficientes trabajadores para producirlos o proveerlos, no se crea riqueza y se empobrece toda la

sociedad. Por tanto, hoy por hoy en los Estados Unidos no se puede ser “pro comercio” o “pro crecimiento económico” y ser a la vez anti-inmigrante. El periodista Jason Riley lo dijo muy bien: “La realidad es que la fuerza laboral extranjera en los Estados Unidos ayuda a impulsar el crecimiento económico, no a impedirlo...”.

### *¿Qué Debemos Hacer?*

La posición de consenso que existe entre la mayoría de los miembros del Congreso, y que cuenta con el apoyo de un número considerable de demócratas y suficientes republicanos, según se ha visto en las discusiones sobre la reforma migratoria en los pasados años, es que debemos, por un lado, regularizar a la mayoría de los indocumentados y, por otro, crear un mecanismo para permitir la entrada de extranjeros que quieran venir a trabajar a los Estados Unidos y que la economía necesita. El presidente Obama, como senador y como candidato presidencial, también apoyo estas dos ideas. Ya en el 2006, cuando se comenzaba a discutir activamente en el Congreso como atender el asunto de la inmigración, en una declaración sometida al pleno del senado, el entonces senador Obama fue diáfano al decir que “debemos permitir que los inmigrantes indocumentados salgan de las sombras y caminen en un sendero hacia la plena participación en nuestra sociedad” y, más adelante, “debemos reemplazar el flujo de los inmigrantes indocumentados que vienen a trabajar aquí con un nuevo flujo de trabajadores temporales”.

Necesitamos urgentemente, pues, que el Congreso apruebe un proyecto de ley que creé esa vía legal para que estas personas puedan salir de las sombras. Sería una buena idea, además, que se le dé suficiente tiempo a los inmigrantes indocumentados para que se acerquen a las autoridades y se registren bajo este programa de legalización. Hay que reconocer que muchos indocumentados inicialmente no se van a sentir muy seguros yendo a una oficina del gobierno. Muchos van a esperar a ver qué pasa con los primeros que se registren, y una vez totalmente seguros de que no van a ser detenidos, entonces se acercarán a registrarse. Por tanto, la ventana de tiempo que se le brinde a los indocumentados para registrarse debe ser de por lo menos seis meses. Es esencial también que se desarrolle un buen plan informativo y de acercamiento a la comunidad para que todo inmigrante esté bien enterado de como acogerse al programa de legalización.

El legalizar a los indocumentados, sin embargo, es solo parte de la solución. Nuestra economía ya ha absorbido a esos 12 millones y aún sigue requiriendo más trabajadores. Por lo que hay que crear también un mecanismo ágil y eficiente para que más trabajadores

extranjeros puedan entrar al país para satisfacer la necesidad laboral. Como ya hemos discutido, los americanos no dan abasto, pero hay que reconocer que tampoco los indocumentados que ya están en el país.

Uno de los defectos principales de la última reforma migratoria de los años ochenta, durante la administración Reagan, es que, aunque regularizó a los alrededor de 3 millones de trabajadores indocumentados que ya vivían en el país, no abrió la puerta para que más extranjeros pudieran ingresar al país para trabajar. La economía, que empezaba a gozar de un robusto crecimiento, ya había asimilado a la fuerza laboral esos tres millones de trabajadores, y seguía creando nuevos empleos que los americanos no estaban dispuestos a hacer. Es por esto que los indocumentados siguieron llegando y creciendo en número. La ley de reforma no pudo terminar, como muchos creían, o querían, con la migración irregular.

La única forma de evitar que esto vuelva a suceder es facilitando el ingreso de trabajadores extranjeros al país de una manera regular. Afortunadamente, esta idea también es parte del consenso que ha existido en el Congreso durante estos pasados años. En efecto, tanto la propuesta de los senadores McCain y Kennedy como la del ex presidente Bush contemplaban la creación de un programa de trabajadores temporales.

No obstante, para que este programa funcione y se reduzca significativamente el número de personas que entran ilegalmente al país, es fundamental que se conciba e implante de una manera efectiva. Antes que nada, tanto a los trabajadores indocumentados como los que quieran entrar al país, se les debe otorgar un estatus temporal que dure, por lo menos dos años, y que se pueda renovar, por lo menos tres o cuatro veces. Al terminar el periodo de estadía, el inmigrante debería regresar a su país de origen y permanecer ahí, por lo menos, tres meses, antes de poder solicitar nuevamente una visa de trabajo. Creo que esto garantizaría la circularidad del flujo migratorio, de manera que el inmigrante pueda permanecer suficientemente en los Estados Unidos para ahorrar dinero, regresar a su país de origen y volver a los Estados Unidos, si así desea. Obviamente, la condición, para que se le otorgue el estatus de trabajador temporal, es que el trabajador tenga una oferta de trabajo y que la plaza que se le ha ofrecido no pueda ser llenada con un trabajador americano. Esto, por supuesto, llevaría a la contratación en los países de origen.

Por otra parte, es sumamente importante que el trabajador pueda conseguir la visa de una manera rápida y que el proceso de solicitud sea sencillo. Si el proceso de solicitar la visa es demasiado complicado y toma demasiado tiempo, muchos optarían por entrar ilegalmente. Estas personas necesitan trabajo de inmediato y no están dispuestas a esperar largos periodos de tiempo por una visa. También es esencial que los empleadores reciban los trabajadores

que necesitan a tiempo y que el proceso para conseguirlos no sea excesivamente oneroso. Las empresas necesitan empleados en el momento que existe la demanda, no meses después. Tampoco necesitan requerimientos burocráticos que les impongan mayores costos para reclutar personal.

El programa de visas H-2A para trabajadores agrícolas es un buen ejemplo de un buen concepto mal desarrollado y estructurado. Desde un punto de vista de política pública, este programa es una extraordinaria idea. Provee visas temporales sin límite para trabajadores no diestros del sector de la agricultura. Considerando la gran demanda laboral en este sector, uno pensaría que este programa sería un mecanismo idóneo para satisfacer dicha demanda. En la práctica, sin embargo, ha sido un fracaso por los requisitos onerosos que se le imponen al patrono. Muchas compañías prefieren reclutar mano de obra indocumentada, aunque en principio quisieran conseguir trabajadores legalmente, por la sencilla razón de que el solicitar visas H-2A es sumamente complejo. Hasta el año pasado, por ejemplo, el empleador debía radicar documentos con tres agencias diferentes así como identificar individualmente las personas que requiere. O sea, que si una granja necesitaba 800 trabajadores extranjeros para recoger naranjas, tenía que nombrar a cada uno en su solicitud. Al patrono se le imponía además pagarle al trabajador una compensación inflada -basada en una fórmula complicadísima desarrollada por el Departamento de Trabajo- que es mayor de lo que recibiría un trabajador americano. Por eso es que a pesar de que el sector agrícola en los Estados Unidos necesita alrededor de 1.2 millones de trabajadores no diestros al año, en el año 2007, por ejemplo, se otorgaron alrededor de 75,000 visas H-2A solamente.

La Administración Bush rediseñó la visa H-2A para hacerla más atractiva a empleadores. Sin embargo, mantuvo algunos de los costosos requisitos, incluyendo la obligación de proveerles vivienda a los trabajadores, y, en muchos casos, tres comidas al día. Entiendo que muchos -sobre todo aquellos en el sector sindical- ven estos requisitos no como imposiciones injustas al patrono, pero como una forma de garantizar los derechos básicos de los trabajadores. De mi punto de vista creo que, efectivamente, estos requisitos son excesivos. Este es el único programa de trabajadores temporales en los Estados Unidos que requiere el que se le garantice vivienda al trabajador. Por eso los agricultores y ganaderos aún después de los cambios, no están satisfechos con el programa y van a continuar optando por no usarlo.

El número de visas disponible cada año es otro factor importantísimo que se debe tomar en cuenta al crear un mecanismo para permitir el flujo de trabajadores extranjeros. Si no hay visas suficientes para satisfacer la demanda laboral de cada año, los que no sean lo suficientemente afortunados en conseguir una visa, van a entrar de todas maneras, aunque

ilegalmente, dado que todavía van a encontrar plazas de trabajo disponibles. Es decir, si al año se necesitan 1 millón de trabajadores para un sector particular y solo hacemos disponibles 200,000 visas de trabajo anualmente, como en un momento se contempló durante el debate congresional sobre la reforma migratoria, los 800,000 trabajadores que no consiguen una visa van a venir de igual forma. Por eso, para que un programa de trabajadores sea exitoso y le ponga fin a la entrada ilegal masiva de personas, el número de visas disponible cada año debe fijarse a base de la demanda laboral del momento. En vez de fijar un número arbitrario en la legislación, sería mejor delegar en el Departamento del Trabajo federal la responsabilidad de fijar la cuota anual, con base a la necesidad laboral de los distintos sectores de la economía, o sencillamente no fijar cuota alguna de manera que el mercado naturalmente determine cuantos trabajadores se emplearán en un año.

Este es el problema con las visas de trabajo H-2B. Estas visas son para trabajadores en el sector de servicios, que incluye restaurantes, hoteles, jardinería, servicio doméstico, etc. Estados Unidos necesita miles, quizás hasta millones de trabajadores extranjeros para satisfacer la demanda de mano de obra de este creciente sector de la economía. Aún así, hay tan solo 66,000 visas H-2B disponibles por año. No nos debe sorprender, pues, que la inmensa mayoría de los trabajadores extranjeros en este sector son indocumentados. El número de visas sencillamente no se ajusta a la demanda laboral del mercado.

Lo mismo sucede con la visas H-1B para profesionales con grados avanzados. Anualmente, la cuota para estas visas es de 65,000. Es por eso que desde el 2004, la oferta de este tipo de visas se ha agotado el primer día del año fiscal en que están disponibles.

Un problema adicional que tenemos en los Estados Unidos es que no colaboramos bilateralmente con los países de origen, al desarrollar e implantar estos programas de trabajadores temporales. Los Estados Unidos, a diferencia de España, en pocas ocasiones ha negociado un acuerdo bilateral en esta área específica. En aquellos momentos de nuestra historia, cuando ha existido una gran demanda laboral, lo que ha sucedido normalmente, es que las leyes se han ajustado para hacer más sencilla la entrada al país y los inmigrantes han venido naturalmente, sin que el gobierno haya tenido que hacer promoción alguna en el extranjero. Una notable excepción fue el caso del programa "bracero" de los años cuarenta para traer trabajadores de México. Estados Unidos negoció este programa con México para atender las necesidades laborales del país durante el periodo de guerra.

Desafortunadamente, en los Estados Unidos, la inmigración se ve como un asunto doméstico, no internacional. Los únicos acuerdos a los que los Estados Unidos llega hoy día sobre inmigración se limitan al área de seguridad, como lo es la seguridad fronteriza. El decidir

quién entra al país y en qué capacidad se considera estrictamente un asunto de soberanía, cuya atención les compete exclusivamente a las autoridades del país. Esta postura rígida impide que se desarrollen políticas migratorias efectivas con los países de origen de los inmigrantes. Una colaboración estrecha con los países de origen nos permitiría desarrollar programas para educar a la población de estos países sobre las vías legales para entrar a los Estados Unidos así como iniciativas conjuntas para promover el retorno de los inmigrantes.

### *Conclusión*

Todavía está por verse si el presidente Obama actuará con premura para lograr una reforma comprensiva y si su propuesta incluirá la creación de una visa de trabajo que permita traer legalmente a más trabajadores extranjeros al país. Es cierto que Obama siempre ha estado públicamente a favor de una legalización y de una nueva visa de trabajo. Esto, sin lugar a dudas, contribuyó a que más del 67 por ciento del electorado hispano votara por él. Pero la realidad es que, si bien es cierto que se comprometió con una reforma migratoria, al mismo tiempo trabajó fuertemente para conseguir el respaldo de las uniones y sindicatos, la inmensa mayoría de los cuales consistentemente se ha opuesto a una reforma que incluya un nuevo programa de trabajadores que permita que más inmigrantes entren al país. Estos influyentes grupos fueron claves para movilizar votantes a través de toda la nación para así lograr su impresionante triunfo. Y es aquí que encontramos el principal obstáculo al que se cree un nuevo programa de trabajadores temporales. ¿Cómo podrá Obama reconciliar la esperanza de los hispanos de que se dé una reforma migratoria con la expectativa de las poderosas uniones de que el nuevo presidente sea el principal defensor de sus intereses?

No nos olvidemos que durante el debate sobre la reforma de inmigración que se llevó a cabo en el Senado durante el verano del 2007 y a través del cual se logró un proyecto de consenso, entre la administración Bush y el liderato demócrata, que hubiera legalizado a la mayoría de los indocumentados y creado un programa de trabajadores temporales, muchos vieron las enmiendas que presentó el entonces senador Obama como “píldoras venenosas”, exigidas por las uniones, para asestarle un golpe mortal al proyecto de reforma, lo que efectivamente sucedió, poniéndole fin a las esperanzas de conseguir una reforma ese año. De hecho, el senador Obama tuvo que acudir al pleno del Senado para tratar de justificar sus enmiendas y asegurar que no eran un esfuerzo para descarrilar el proyecto. No es secreto que casi todas las uniones, incluyendo la poderosa AFL-CIO y los “Teamsters”, se opusieron al proyecto de reforma.

No nos debería sorprender, por lo tanto, si ahora, como presidente, Obama trate de adelantar una propuesta que se quede corta y que no ofrezca una solución comprensiva al problema. En efecto, ya corren rumores en Washington de que Obama pudiera proponer tan solo una legalización de los indocumentados, más no la creación de una visa de trabajo que permita traer más trabajadores extranjeros. En fin, una legalización más como la que se dio hace veinte años bajo la administración Reagan y que, como ya hemos dicho, no logró resolver el problema porque no atendió la creciente demanda laboral de nuestra economía.

El hecho es que hoy, como ayer, nuestra economía necesita de esa mano de obra extranjera para sobrevivir -aún durante este periodo de recesión. Si no creamos un mecanismo para traer los trabajadores extranjeros que necesitamos, éstos continuarán viniendo ilegalmente y nuevamente se creará una comunidad masiva de indocumentados, que viven a los márgenes de la sociedad. En una sociedad democrática como la nuestra, basada en la ley y el orden, esto es insostenible. Es hora de que la legalidad se ajuste a la realidad.